

Pero levantaos y mirad, pues yo no lo distingo bien: paréceme que el que viene delante es un varón etolo, el fuerte Diomedes, hijo de Tideo, domador de caballos, que reina sobre los argivos.»

473 Y el veloz Ajax de Oileo increpóle con injuriosas voces: «¡Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de lo debido? Las voladoras yeguas vienen corriendo á lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más joven de los argivos, ni tu vista es la mejor; pero siempre hablas mucho y sin substancia. Preciso es que no seas tan gárrulo, estando presentes otros que te son superiores. Esas yeguas que aparecen las primeras, son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas.»

482 El caudillo de los cretenses le respondió enojado: «Ajax, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo de los argivos á causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode ó una caldera y nombremos árbitro á Agamenón Atrida, para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen delante y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.»

488 Así habló. En seguida el veloz Ajax de Oileo se alzó colérico para contestarle con palabras duras. Y la altercación se hubiera prolongado más, si el propio Aquiles, levantándose, no les hubiese dicho:

492 «¡Ajax é Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pesadas, porque no es decoroso; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así lo hiciera. Sentaos en el circo y fijad la vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la victoria, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados.»

499 Así dijo; el Tidida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba á los corceles, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto los pies, recorrían velozmente el camino y rociaban de tierra al auriga. El carro, guarnecido de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no dejaban huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando Diomedes llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del pecho de los bridones hasta el suelo, y el héroe, saltando á tierra, dejó el látigo colgado del yugo. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el premio y lo entregó á los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva á la tienda y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro á los corceles.

514 Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había anticipado á Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro; pero así y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuanto el corcel dista de las ruedas del carro en que lleva á su señor por la llanura (las últimas cerdas de la cola tocan la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo inmenso): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues si bien al principio se quedó á la distancia de un tiro de disco, pronto volvió á alcanzarle porque el fuerte vigor de la yegua de Agamenón, de Eta, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera hubiese sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria.—Meriones, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como á un tiro de lanza; pues sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar el carro en un certamen.—Presentóse, por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso carro y conduciendo por delante los caballos. Al verle, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, se compadeció de él, y dirigió á los argivos estas aladas palabras:

536 «Viene el último con los solípedos caballos el varón que más descuella en guiarlos. Ea, démosle, como es justo, el segundo premio, y llévase el primero el hijo de Tideo.»

539 Así habló y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua—pues los aqueos lo aprobaban,—si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera levantado para decir con razón al Pelida Aquiles:

544 «¡Oh Aquiles! Mucho me enfadaré contigo si llevas al cabo lo que dices. Vas á quitarme el premio, atendiendo á que recibieron daño su carro y los veloces corceles y él es esforzado; pero tenía que rogar á los inmortales y no habría llegado el último de todos. Si le compadeces y es grato á tu corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees bronce, rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un premio aún mejor que éste, para que los aqueos te alaben. Pero la yegua no la daré, y pruebe de quitármela quien desee llegar á las manos conmigo.»

555 Así habló. Sonrióse el divino Aquiles, el de los pies ligeros, holgándose de que Antíloco se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole estas aladas palabras:

558 «¡Antíloco! Me ordenas que dé á Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así lo haré. Voy á entregarle la coraza de bron-

ce que quité á Asteropeo, la cual tiene en sus orillas una franja de luciente estaño, y constituirá para él un valioso presente.»

563 Dijo, y mandó á Automedonte, el compañero querido, que la sacara de la tienda; fué éste y llevósela; y Aquiles la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegremente.

566 Pero levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El heraldo le dió el cetro, y ordenó á los argivos que callaran. Y el varón igual á un dios, habló diciendo:

570 «¡Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y atropellaste mis corceles, haciendo pasar delante á los tuyos, que son mucho peores. ¡Ea, capitanes y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente á entrambos: no sea que alguno de los aqueos, de bronceas lorigas, exclame: *Menelao, violentando con mentiras á Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, á pesar de la inferioridad de sus corceles, por ser más valiente y poderoso.* Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que ningún dánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco, alumno de Júpiter, ven aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo en la mano el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura por Neptuno, el que ciñe la tierra, que si detuviste mi carro fué involuntariamente y sin dolo.»

586 Respondióle el prudente Antíloco: «Perdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente. No te son desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido y su juicio escaso. Apacigüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he recibido; y si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferiría dártelo en seguida, á perder para siempre tu afecto y ser culpable ante los dioses.»

596 Así habló el hijo del magnánimo Néstor, y conduciendo la yegua adonde estaba el Atrida, se la puso en la mano. Á éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de las espigas cuando las mieses crecen y los campos se erizan; del mismo modo, oh Menelao, tu espíritu se bañó en gozo. Y respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:

602 «¡Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has sido imprudente ni ligero y ahora la juventud venció á la razón. Abstente en lo sucesivo de suplantar á los que te son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan pronto; pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano también; accederé, pues, á tus súplicas y te daré la yegua,

que es mía, para que éstos sepan que mi corazón no fué nunca ni soberbio ni cruel.»

612 Dijo; entregó á Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y tomó la reluciente caldera. Meriones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos de oro. Quedaba el quinto premio, el vaso con dos asas; y Aquiles levantólo, atravesó el circo, y lo ofreció á Néstor con estas palabras:

618 «Toma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, á quien no volverás á ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abrumba la vejez penosa:»

624 Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió con estas aladas palabras:

626 «Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos que no se mueven ágiles á partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían celebrarse en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los magnánimos etolos, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato á Clitomedes, hijo de Énope, y en la lucha á Anceo Pleuronio, que osó afrontarme; en la carrera pasé delante de Ificlo, que era robusto; y en arrojar la lanza superé á Fileo y á Polidoro. Sólo los hijos de Áctor me dejaron atrás con su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria á causa de haberse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos gemelos, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los caballos, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Ahora los más jóvenes entren en las luchas; que ya debo ceder á la triste senectud, aunque entonces sobresaliera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo. Acepto gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que te acuerdas siempre del buen Néstor y no dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos. Las deidades te concedan por ello abundantes gracias.»

651 Así habló; y el Pelida, oído todo el elogio que de él hiciera el hijo de Neleo, fué por entre la muchedumbre de los aqueos. En seguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al circo y ató en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que

había de ser sufridora del trabajo; y puso para el vencido una copa doble. Y estando en pie, dijo á los argivos:

658 «¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitemos á los dos varones que sean más diestros, á que levanten los brazos y combatan á puñadas por estos premios. Aquel á quien Apolo conceda la victoria, reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca á su tienda la mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa doble.»

664 Así habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: Epeo, hijo de Panopeo. Y poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo:

667 «Acérquese el que haya de llevarse la copa doble; pues no creo que ningún aqueo consiga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorío de mantenerlo mejor que nadie. ¿No basta acaso que sea inferior á otros en la batalla? No es posible que un hombre sea diestro en todo. Lo que voy á decir se cumplirá: al campeón que se me oponga, le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense aquí reunidos, para llevárselo cuando sucumba á mis manos.»

676 Así se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó para luchar con él, Euríalo, varón igual á un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida; el cual fué á Tebas cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció á todos los cadmeos. El Tidida, famoso por su lanza, animaba á Euríalo con razones, pues tenía un gran deseo de que alcanzara la victoria, y le ayudaba á disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le dió unas bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, comparecieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los fornidos brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor brotaba de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dió un golpe en la mejilla de su rival que le espiaba; y Euríalo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos miembros desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez en la orilla poblada de algas y las negras olas lo cubren en seguida; así Euríalo, al recibir el golpe, dió un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo levantó; rodeáronle los compañeros y se lo llevaron del circo—arrastraba los pies, escupía negra sangre y la cabeza se le inclinaba á un lado;—sentáronle entre ellos, desvanecido, y fueron á recoger la copa doble.

700 El Pelida sacó después otros premios para el tercer juego, la

penosa lucha, y se los mostró á los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los aqueos apreciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores y valorada en cuatro bueyes. Y estando en pie, dijo á los argivos:

707 «Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.»

708 Así habló. Alzóse en seguida el gran Ajax Telamonio y luego el ingenioso Ulises, fecundo en ardides. Puesto el ceñidor, fueron á encontrarse en medio del circo y se cogieron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, al construir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, estrechadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el cuerpo; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ambos contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construído trípode. Pero ni Ulises lograba hacer caer y derribar por el suelo á Ajax, ni éste á aquél porque la gran fuerza de Ulises se lo impedía. Y cuando los aqueos de hermosas grebas ya empezaban á cansarse de la lucha, dijo el gran Ajax Telamonio:

725 «¡Laertiada, descendiente de Júpiter, Ulises fecundo en recursos! Levántame, ó te levantaré yo; y Jove se cuidará del resto.»

725 Dichas estas palabras, le hizo perder tierra; mas Ulises no se olvidó de sus ardides, pues dándole por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al suelo, de espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al contemplarlo. Luego, el divino y paciente Ulises alzó un poco á Ajax, pero no consiguió sostenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo, el uno cerca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por tercera vez, si Aquiles, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

735 «No luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria quedó por ambos. Recibid igual premio y retiraos para que entren en los juegos otros aquivos.»

738 Así habló. Ellos le escucharon y obedecieron; pues en seguida, después de haberse limpiado el polvo, vistieron la túnica.

740 El Pelida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una cratera de plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura á todas las de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los

fenicios, después de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron á Toante; más tarde, Euneo Jasónida la dió al héroe Patroclo para rescatar á Licaón, hijo de Príamo; y entonces, Aquiles la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuese más veloz en correr con los pies ligeros. Para el que llegase el segundo señaló un buey corpulento y pingüe y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo á los argivos:

753 «Levantaos, los que hayais de entrar en esta lucha.»

754 Así habló. Levantóse al instante el veloz Ajax de Oíleo, después el ingenioso Ulises, y por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía á todos los jóvenes. Pusiéronse en fila y Aquiles les indicó la meta. Empezaron á correr desde el sitio señalado, y el hijo de Oíleo se adelantó á los demás, aunque el divino Ulises le seguía de cerca. Cuanto dista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve en su mano, mientras devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno; tan inmediato á Ajax corría Ulises: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera en torno de las mismas y le echaba el aliento á la cabeza, corriendo siempre con suma rapidez. Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Ulises por el deseo de alcanzar la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para terminar la carrera, Ulises oró en su corazón á Minerva, la de los brillantes ojos:

770 «Óyeme, diosa, y ven á socorrerme propicia, dando á mis pies más ligereza.»

771 Tal fué su plegaria. Palas Minerva le oyó, y agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos. Ya iban á coger el premio, cuando Ajax, corriendo, dió un resbalón—pues Minerva quiso perjudicarlo—en el lugar que habían llenado de estiércol los bueyes mugidores sacrificados por Aquiles, el de los pies ligeros, en honor de Patroclo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente Ulises, le pasó delante y se llevó la cratera; y el preclaro Ajax se detuvo, tomó el buey silvestre, y, asiéndolo por el asta, mientras escupía la bosta, habló así á los argivos:

782 «¡Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquella que desde antiguo acorre y favorece á Ulises cual una madre.»

784 Así dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y dirigió estas palabras á los argivos:

787 «Os diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran á los hombres de más edad, hasta en los juegos. Ajax es un

poco mayor que yo; Ulises pertenece á la generación precedente, á los hombres antiguos, es tenido por un anciano vigoroso, y contender con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea Aquiles.»

793 Así dijo, ensalzando al Pelida, de pies ligeros. Aquiles respondióle con estas palabras:

795 «¡Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añadido á tu premio medio talento de oro.»

797 Dijo, se lo puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto continuo, el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que eran las armas que Patroclo quitara á Sarpedón. Y puesto en pie, dijo á los argivos:

802 «Invitemos á los dos varones que sean más esforzados, á que, vistiendo las armas y asiendo el tajante bronce, pongan á prueba su valor ante el concurso. Al primero que logre tocar el cuerpo hermoso de su adversario, le rasguñe el vientre á través de la armadura y le haga brotar la negra sangre, daréle esta magnífica espada tracia, tachonada con clavos de plata, que quité á Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes armas y serán obsequiados con un espléndido banquete.»

811 Así habló. Levantóse en seguida el gran Ajax Telamonio y luego el fuerte Diomedes Tidida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la muchedumbre, fueron á encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y mirándose con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron frente á frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ajax dió un bote en el escudo liso del adversario, pero no pudo llegar á su cuerpo porque la coraza lo impidió. El Tidida intentaba alcanzar con el hierro de la luciente lanza el cuello de aquél, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ajax, mandaron que cesara la lucha y ambos contendientes se llevaran igual premio; pero el héroe dió al Tidida la gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

826 Luego el Pelida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el forzudo Eetión: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, mató á este príncipe y se llevó en las naves la bola con otras riquezas. Y puesto en pie, dijo á los argivos:

831 «¡Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola proporcionará al que venciere cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus fértiles campos; y sus

pastores y labradores no tendrán que ir por hierro á la ciudad.»

836 Así habló. Levantóse en seguida el intrépido Polipetes; después, el vigoroso Leonteo, igual á un dios; más tarde, Ajax Telamonio, y por fin, el divino Epeo. Pusiéronse en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla; y todos los aquivos se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Marte. Ajax Telamonio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los anteriores tiros. Tomóla entonces el intrépido Polipetes y cuanta es la distancia á que llega el cayado cuando lo lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la bola el espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos de Polipetes, levantándose, llevaron á las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

850 Luego sacó Aquiles azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez hachas grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, á lo lejos, un mástil de navío después de atar en su punta, por el pie y con delgado cordel, una tímida paloma; é invitóles á tirarle saetas, diciendo: El que hiera á la tímida paloma, llévese á su casa las hachas grandes; el que acierte á dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas.»

859 Así dijo. Levantóse en seguida el robusto Teucro y luego Meriones, esforzado escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y, agitándolas, salió primero la de Teucro. Éste arrojó al momento y con vigor una flecha, sin ofrecer á Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y si bien no tocó al ave—negóselo Apolo,—la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la cual se había atado á la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos aplaudieron. Meriones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó á la cuerda la flecha que de antemano tenía preparada, votó á Apolo sacrificarle una hecatombe de corderos primogénitos; y viendo á la tímida paloma que daba vueltas allá en lo alto del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino al suelo, á los pies de Meriones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, inclinó el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla cayó del mástil á lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Meriones tomó, por tanto, las diez hachas grandes, y Teucro se llevó á las cóncavas naves las pequeñas.

884 Luego el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta aún al fuego, que era del valor de un buey y es-

taba decorada con flores. Dos hombres diestros en arrojar la lanza se levantaron: el poderoso Agamenón Atrida, y Meriones, escudero esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquiles, el de los pies ligeros, les dijo:

890 «¡Atrida! Pues sabemos cuánto ventajas á todos y que así en la fuerza como en arrojar la lanza eres el más señalado, toma este premio y vuelve á las cóncavas naves. Y entregaremos la pica al héroe Meriones, si te place lo que te propongo.»

895 Así habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquiles dió á Meriones la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al heraldo Taltibio.